

COLECCIÓN POLIS 1



**MALDITA SEA, MALCOLM,
NO PODEMOS TRADUCIR *EMPOWERMENT***

Pablo Sánchez León



Post:Metropolis:Polis
(Lo que queda) después de

www.postmetropolis.com



Postmetropolis Editorial

Septiembre de 2015

Edición técnica: Pablo Sánchez León

Diseño de la portada: Noelia Adánez
Logo de Contratiempo: Paula García Arizcun

Referencia electrónica:

Pablo Sánchez León, “Maldita sea, Malcolm, no podemos traducir *empowerment*”, Madrid, Postmetropolis Editorial, 2015.

Puesto en línea el 15 de septiembre de 2013

<<http://www.postmetropolis.com/textos/polis/POL0001.pdf>>

DOI: en proceso

Este texto fue anteriormente publicado en Ediciones Contratiempo, en diciembre de 2013

(Este texto se concibió originariamente como una contribución a la obra colectiva: *Un rap para Malcolm X*, que finalmente no fue publicada. Fue redactado en 1998)

Para Emaize Tomasena

Maldita sea, Malcolm: qué fácil se ha vuelto hablar de ti y qué difícil en cambio hacerse con tus palabras, ésas con las que elaboraste unas ideas que cada día resultan más imprescindibles.

Sabemos que nunca fuiste sólo una actitud; eso solo lo piensan quienes han hecho de ti un icono de colección, los vendedores y los compradores del mito de Malcolm X. Tú sabías que todo está alrededor de las palabras; tú rapeabas bien, Malcolm: podías ordenar las palabras y volverlas radicales, transgresoras. Esa era tu fuerza. Pero tu genio consistía en coger palabras de tu propio idioma, de la cultura media americana, y cargarlas de significado para dar voz a los excluidos. Eso es hablar claro: no decir grandes verdades, sino saber a quién se representa al hablar.

Huey Newton y Bobby Seale, fundadores del *Black Panther Party*, llevaron después esto hasta sus últimas consecuencias. Cogieron la constitución americana y la interpretaron con el sentido que devolvía la dignidad a los oprimidos; incluso elaboraron un programa de reformas institucionales como nunca antes se había planteado en Estados Unidos. Eso es ser radical: no gritar alto lo más o menos obvio de unos tiempos, sino hacer el esfuerzo de comprender una cultura en su raíz —que son siempre palabras—, distanciarse de la interpretación convencional que se hace de las palabras y orientarlas hacia significados que cuestionan las discriminaciones generadas a partir de ellas, las instituciones creadas con el uso del lenguaje. Esto es lo único que puede cambiar el mundo, el hacerse uno de una manera radical con el contenido de las palabras del propio idioma.

Pero ahora contigo todo es más difícil, Malcolm. Ya no eres solo un legado de palabras: han hecho de ti también un icono; y es extraño que seas un icono cuando los oprimidos concretos a los que dabas voz han muerto, han dejado de reclamar con tus palabras o son también iconos como tú. No tengo nada en contra de Spike Lee ni contra Nelson Mandela, pero esa confluencia del final del *Apartheid* en Sudáfrica y el afianzamiento de una exitosa industria cultural “para negros” cortada por el patrón convencional del cine *yankee* ha deshecho de antemano la posibilidad de que el radicalismo de tu mensaje sea recuperado en este tiempo de forma a la vez universal y completamente local: que pueda ser legítimamente enarbolado por cualquier inmigrante o marginado del cuarto mundo occidental y que en él se reconozca, al mismo tiempo, el funcionario de la Unión Europea o el *World Bank*, de manera que se vea obligado a escuchar las demandas del marginado y a justificarse en los términos de éste. El fin del milenio no ha alumbrado una nueva camada de panteras por las muchas junglas de asfalto de Europa, Asia y Latinoamérica que tanto se parecen a las *inner cities* de tu América, aquella de la sociedad blanca de la opulencia que te tocó vivir.

Ahora todos hablamos el lenguaje de la globalización liberal y la democracia, pero aún nadie ha bajado hasta sus raíces para destilar de él los sentidos de comunidad e igualdad que potencialmente contienen; seguimos atrapados entre la retórica de la vieja izquierda maximalista y la miope apelación a los derechos individuales. Sí, Malcolm, hay que reconocer que ahora es fácil y correcto hablar de ti y de los derechos humanos mientras se pudre en la cárcel Mummia Abu-Jamal. Esta es la verdadera paradoja de los tiempos: no hay probablemente nadie en este mundo que resuma mejor tu espíritu (tus intenciones, tu actitud, tus prácticas, tu historia, tu lenguaje...) que este periodista radical condenado a muerte en 1981 por una maquinaria que imputa crímenes a inocentes y reproduce la limpieza étnica instituida más sanguinaria del mundo, solo que operando gota a gota. Y sin embargo, pueden coexistir tu homenaje y su ostracismo, tu vida después de la vida y su muerte en vida.

La crueldad de los tiempos no está en que Mummia esté pudriéndose en el corredor de la muerte desde hace veinte años y tú en cambio seas objeto de homenajes, estés en boca de poderosos, seas imitado por actores.

Maldita sea Malcolm, no podemos traducir *Empowerment*

La crueldad es que las dos cosas resulten tan naturales; no que sucedan, sino que lo hagan por separado, que no se pueda establecer con facilidad la conexión entre ellas y que, si se hace, no pase de ser vista como una paradoja curiosa que no provoca una vergüenza inadmisibles. Sí, Malcolm, es duro reconocerlo, pero apenas puedes ayudar a Mummia.

No es que hayas perdido actualidad; todo lo contrario. Tú hiciste ver que los Estados Unidos son una democracia racial, algo que ahora todo observador razonable acepta sin el menor reparo. Eso ya es como para que no seas olvidado. Pero los tiempos están todavía más de tu parte ahora que las democracias europeas están demostrando ser también democracias constitutivamente raciales o étnicas. Hay toda una historia de limpieza étnica en la Europa del siglo XX que no nos han contado. Y empieza un siglo XXI que nace marcado por la tensión entre democracia y xenofobia. Ahora podemos decir, Malcolm, que tú no fuiste un fanático hijo de la Guerra fría, un pensador idiosincrático de la Norteamérica negra en la era del *Civil Rights Movement*. Eres un visionario. Anticipaste algo que se ha vuelto mundial. ¿Cómo vas a perder actualidad?

Incluso tu icono conserva un brillo por el momento inagotable. La segunda mitad del siglo XX ha creado muchos iconos mundiales de usar y tirar y algunos pocos que no se desgastan con tanta facilidad, que reaparecen con otro nombre, encarnados en otros cuerpos, dando sentido a muchas vidas. El Che, Gandhi... Tú, Malcolm, estás entre ellos por derecho propio, eres irreductible. Representas algo que nadie ha podido usurpar, que nadie ha podido deformar, nadie descafeinar o disolver. Tú no eras un guerrillero, pero sí un revolucionario; eras un activista, pero no un político profesional, y estabas tan en contra de la no-violencia como a favor de la fuerza de las palabras. No es fácil ubicarte entre los tópicos de la mitomanía política al uso. Todo tu icono se resume en esa faceta tan tuya que llamabas "*self-defense*", una combinación que aparentemente te sitúa a medio camino entre El *Ché* y Gandhi pero que es, en realidad, algo mucho más heterodoxo y actual, una apuesta crítica radical por salir de las dicotomías convencionales –violencia/pacifismo, institución/movimiento, individuo/colectivo– que la democracia instituye para reinar sobre las culturas sociales que la hacen posible.

Han podido hacer de ti un icono por acuñar la noción de *auto-defensa*, pero bien sabes tú que nunca estuvo ahí la clave de tu apuesta, Malcolm. La auto-defensa es sólo una parte de algo mucho más grande y trascendental, aunque también más difícil de comprender de lo que parece. Una parte nos resulta sencilla de entender a todos. La auto-defensa sólo puede ser expresión de otra cosa capaz de ponerla en marcha, de activarla. Esa otra cosa es la toma de conciencia. Hasta aquí todo es fácil de seguir, ¿verdad, Malcolm? Sin conciencia no hay acción, sin acción no hay auto-defensa. La auto-defensa es una forma de organización, pero, más difícil que organizar a los oprimidos y antes que eso, está la cuestión de cómo contribuir a que se produzca la toma de conciencia. Aquí es donde comenzaste a innovar frente a toda la tradición de la izquierda occidental, Malcolm. Tú lo sabes. Tu primer hallazgo fue comprender que es en la toma de conciencia, y no en la organización estratégica, donde reside la fuerza.

Pero fuiste aún más allá; lo complicaste todo. Porque tú no hablabas a la clase obrera de la izquierda tradicional, tampoco a los campesinos de las luchas por la descolonización, ni a las clases medias del Estado del bienestar. No. Tú hablabas de conciencia a los negros de la Norteamérica posterior a la segregación, el primer ejemplo de “Cuarto mundo” de la historia: trabajadores de la gran industria capitalista, pero hacinados en guetos urbanos y sin derechos sociales, formalmente integrados en un sistema democrático, pero en la práctica ciudadanos de segunda fila sin derechos civiles ni políticos. Volviste a adelantarte. Porque ahora no hay ciudad ni estado en el mundo occidental sin su cuarto mundo de excluidos y negados. En esto te separas de casi todos los iconos políticos del siglo, en haber vivido un contexto diferente y apelar a gente diferente. Tú no naciste en un país pobre, de eso que se llamaba antes el Tercer mundo, no luchaste contra la opresión terrateniente y colonialista, y no contaste para ello con el apoyo de las comunidades rurales y su cultura centenaria de cooperación. Y tampoco naciste en un país “en vías de desarrollo”, con éxodos rurales y una joven clase obrera emergente que luchaba por ver reconocidos sus derechos políticos y de ciudadanía social como en la Europa de entreguerras. No. Tú viviste en otro lugar menos habitual para un líder revolucionario cuya leyenda haya sobrevivido a su muerte física: naciste en el corazón mismo del capitalismo imperial, creciste en sus

Maldita sea Malcolm, no podemos traducir *Empowerment*

suburbios desestructurados donde iban a parar los marginados sin referentes de clase, y asististe a una pionera experiencia de discriminación racial y social en plena etapa de opulencia económica de la clase obrera blanca y dentro de un sistema político que afirma garantizar las oportunidades de integración y realización personal. Por lo que les tocó vivir, Lenin, El *Che*, Gandhi, sencillamente no pueden ser comparados contigo; es lógico que ellos no acuñaran la noción de auto-defensa. Por lo que respecta a los “héroes” europeos, ¿quién se acuerda de los protagonistas del Mayo del 68 francés? Estos han sido devorados por su propia biografía.

Sólo tú permaneces como un mito político del siglo XX que escribe desde la ciudad misma y que escribe para esos ciudadanos que, por mecanismos invisibles a primera vista, no somos ciudadanos. Sí, Malcolm, reivindicaste a los que están al margen en medio de la opulencia y son abandonados a su suerte como si ellos hubieran elegido ese destino, a los que, formando parte de una comunidad que dice que todos son iguales, sin embargo no tienen rostro, no tienen voz, casi no existen. Y lo hiciste hasta que se acabó tu vida, porque tu vida se acabó antes de que se reconociera siquiera la existencia de esos no-ciudadanos. Ahora hay muchos más de ellos que reconocer y reivindicar en las ciudades de Europa y América y en los campos y ciudades de los estados embaucados por las recetas ortodoxas del Fondo Monetario Internacional: porque ahora muchos ciudadanos podemos acabar siendo no-ciudadanos sólo por cambiar de país de residencia o, viviendo en él, podemos carecer de los recursos sociales que nos permiten ser ciudadanos. Un pequeño traspies de la fortuna y adiós a la condición de sujeto, adiós a la ciudadanía real. El mundo se ha llenado de tus negros suburbanos de los sesenta, Malcolm, apátridas en su tierra, segregados por su origen.

Se dice que el drama más cruel de ser un marginado, un ciudadano de segunda, un ilegal es la falta de referentes, de identidad. Y que por eso con ellos, con los sin rostro, se puede hacer cualquier cosa, desde abandonarlos a su suerte hasta toda suerte de políticas que, mientras lavan las conciencias de los opulentos, ahondan la discriminación y la reproducen. Pero en realidad el Cuarto mundo es siempre un enigma cuyo potencial sólo algunos conocen y esto era para ti evidente, Malcolm. Por

eso aquí es donde más lejos fuiste. Te persuadiste de que esos que parecen no ser nadie son potencialmente una fuerza inagotable, imparabile, demoledora, que puede hacer temblar y socavar los cimientos del orden social que los margina y los priva de recursos materiales y organizativos, de voz, de nombre. ¿De conciencia? Este es el punto débil de toda la vieja tradición de la izquierda, que imaginaba al *lumpen* vicioso sin conciencia frente a los obreros virtuosos con identidad de clase. Así nos ha ido a todos con el tiempo. Poca gente es capaz de tocar la fibra sensible de la conciencia de los marginados. Tú lo lograste y es aquí donde dejas de ser un icono, donde se acaba el mito de Malcolm X, de la auto-defensa, de la pura actitud y comienza el verdadero periplo por los intrincados mundos del lenguaje de Malcolm X. Aunque esto es tal vez algo de lo que tú eras consciente, porque a partir de aquí todo es más complicado, chocamos con las barreras del idioma, el lenguaje, la cultura.

Black Power. Este es el marco de lenguaje. Parece a primera vista comprensible, pero no lo es tanto. ¿Poder negro? ¿De quién, de los marginados y excluidos? ¿De dónde procede ese poder, en qué consiste, cómo se manifiesta, dónde está? ¿Existe el poder negro? ¿Poder de los que no tienen nada? Poder, ¿para qué, además? En nuestro idioma, Malcolm, el castellano, poder en principio es todo aquello que uno desearía que desapareciera: poder es opresión, poder es estado, constricción, falta de libertad, corrupción. El poder no es de la gente, de las personas, no es siquiera de los grupos, es de las instituciones. Más en un país con tradición anarquista como España. Y tú hablas de poder. Pero además hablas del poder de los que no tienen voz, ni organización, de los que no cuentan en las políticas, de los que no pueden tener poder. *Black Power*. ¿De qué estás hablando?

No, no es tan fácil hacerse con tus palabras, Malcolm. No en nuestro idioma, el castellano, no en nuestra cultura católica y por reacción anarquista. Hay que quitarse para empezar el prejuicio de la izquierda occidental de que el poder es esa cosa que está en contra de uno, de que el poder está fuera de uno. Si no, no despegamos. Y aun así, no está garantizado que superemos la segunda lección. *Empowerment*. Este término encierra la clave del poder negro, ¿verdad? Y sin embargo no tenemos siquiera traducción fácil. ¿Empoderamiento? ¿Apoderamiento?

Maldita sea Malcolm, no podemos traducir *Empowerment*

En Centroamérica, tras varias décadas de flujos migratorios de ida y vuelta a los USA, estos términos del *español* han acabado pasando al lenguaje popular, como las iglesias evangélicas que también proceden del otro lado del Río Grande. Y, bueno, parece ser que van arraigando, en gran medida porque llueven sobre el mojado de exclusiones solapadas de indios-campesinos, primero a manos de colonizadores, después de oligarcas nacionalistas, ahora del capital internacional. Pero en España, en Europa, donde ya no hay indios-campesinos y donde no es fácil identificar oligarcas, los términos “empoderamiento” o “apoderamiento” sencillamente no se entienden.

No podemos traducir *empowerment*, Malcolm. Y mira qué curioso, porque se trata de un término tan completamente latino con un prefijo “em-”, un sufijo “-ment”, y un lema “power”, del latín *potere*. Pero no hay palabra que la sustituya en nuestro lenguaje popular. Podríamos no obstante buscarle sinónimos, pero primero tenemos que desentrañar su significado. *Empowerment*. Según el diccionario Webster, el verbo *to empower* tiene dos sentidos muy relacionados: “to give power or authority to; authorize”; y “to enable or permit”. Autorizar y dar permiso. Dar poder, en definitiva. *Empowerment* es dar poder. En castellano tenemos la figura del “apoderado”, que es como un representante en quien uno delega: uno da su poder a otro para que en su nombre lo represente, normalmente por un tiempo determinado y para alguna cuestión concreta. Tú, Malcolm, eras un “apoderado”, un representante de tus hermanos negros. Pero eso presupone que ellos tenían un poder que darte, por el que eras su representante. Maldita sea, Malcolm, todos, los políticos, el FBI, la policía, los sociólogos, persuadidos durante décadas de que los negros de los suburbios eran unos marginados sin poder y llegas tú y te conviertes en el representante, en el apoderado de aquellos que todos creían que no tenían poder. ¿Cómo se explica esto?

En tu autobiografía contada a Alex Haley, nos han narrado cómo lo conseguiste, pero has pasado por encima del detalle más revelador: qué poder era ese que te concedían. Dudo mucho que ese poder fuera el que proporciona la auto-defensa, porque ese término lo acuñaste tú cuando ya les representabas. Era otra cosa, desde luego, pero en este punto todo se vuelve incierto, porque lo más curioso de ese poder que te daban es que en

realidad se lo dabas tú a ellos. Eras tú el que al hablar de *Black Power* les estaban “empoderando” a ellos, eras tú quién con ese lenguaje les estabas autorizando y dando permiso, dando poder. Eso es lo que significa *empowerment* y para lo que no tenemos una palabra en castellano. Que den poder quienes no lo tienen y simultáneamente lo reciban de quien lo tiene por ellos, de quien les representa.

Muchos no soportaron tu desfachatez, Malcolm, pretender autorizar, dar permiso a los negros excluidos de la ciudadanía racial *yanquee*. ¿Quién eras tú para erigirte en semejante dispendiador de poder? Y sobre todo ¿con qué finalidad ese dar y recibir poder? ¿Marginados con poder? Los cimientos del orden se tambaleaban con la imagen de todos esos olvidados convertidos en agentes de la historia. Habías abierto la Caja de Pandora de la democracia capitalista imperial.

Te mataron, Malcolm, por descubrir algo realmente valioso: en qué consiste ese poder de los que no tienen poder. Un poder que debe de ser enorme a juzgar por el miedo que provoca y la reacción que desata. Incluso Mummia hoy es aún una víctima de ese miedo de mediados de los años sesenta, sobre el que se acumuló el de los setenta, el de los ochenta... para provocar el exterminio de toda una generación de líderes políticos negros de Estados Unidos, toda una generación de Malcolm X. Porque con ese término se constituyó el *Black Power*, surgieron los *Black Panthers*, fue posible la *Rainbow Coalition*, se educó Mummia Abu-Jamal... Todo esto puede parecer historia, pero deja de serlo en cuanto uno cae en la cuenta de la necesidad de “empoderar” a otros excluidos y marginados de otros estados en la era global. Tú y tus hijos panteras fuisteis pioneros. Pero maldita sea, Malcolm, mira que es difícil seguir el mapa que te llevó a descubrir ese tesoro del poder de los sin poder, ese tesoro cuyo valor se ha vuelto incalculable ahora que todos somos un poco como negros de los sesenta en la nueva democracia global.

Entre aquella época y ésta han cambiado muchas cosas, Malcolm. Por eso también han cambiado los mitos y los iconos. Antes hacía estragos la estética guerrillera del *Che*; ahora lo que prima es lo contrario, el pacifismo del *Subcomandante Marcos*, el guerrillero que no dispara. Tú no tienes cabida en estos estereotipos miopes de lo que es la violencia legítima, Malcolm. También han cambiado los sujetos que estos líderes representan:

Maldita sea Malcolm, no podemos traducir *Empowerment*

antes eran los obreros y campesinos con conciencia de clase y de la Historia; ahora son los indios-campesinos con identidad étnica y compromiso cívico. Tu cuarto mundo sigue sin alimentar suficientes utopías sobre un mundo justo e igualitario. Por eso, Malcolm, tú no eres tan universal como esos otros iconos, ni hay una versión posmoderna de Malcolm X como el *Sub* puede serlo del *Che*. No deja de ser paradójico, porque tú hiciste algo mucho más difícil y actual que ninguno de ellos. El *Che* se encontró la emergente conciencia de clase a su disposición para organizar guerrillas en el Caribe y Sudamérica; y Marcos se ha encontrado la identidad indígena centenaria a su disposición para construir un movimiento radical centroamericano. Sólo tú hiciste surgir conciencia de donde no la había, allí, en los guetos urbanos de Norteamérica, donde solo el estigma físico –que no es lo mismo que la raza– producía criterios de identidad, pero donde faltaba hasta la cultura básica de la cohesión. Maldita sea, Malcolm, eso sí que fue una lucha exitosa por la *dignidad*, aunque no lograra objetivos políticos traducibles a derechos y políticas.

Para quienes creemos que la palabra *dignidad* encierra los misterios de la toma de conciencia, hay mucho que aprender de ti, Malcolm. No del icono de Malcolm X, del todo insuficiente; sino de palabras tuyas como *empowerment* y *self-defense*. Pero, maldita sea, Malcolm, no basta con rapearlas, hay que comprenderlas para aprovechar su fuerza. Y eso sigue siendo difícil, se ha vuelto casi más difícil.

Escrito en forma de una interpelación,
este texto analiza conceptos fundamentales
empleados por el líder afroamericano Malcolm X
para situar su figura
en la tradición del activismo político radical.